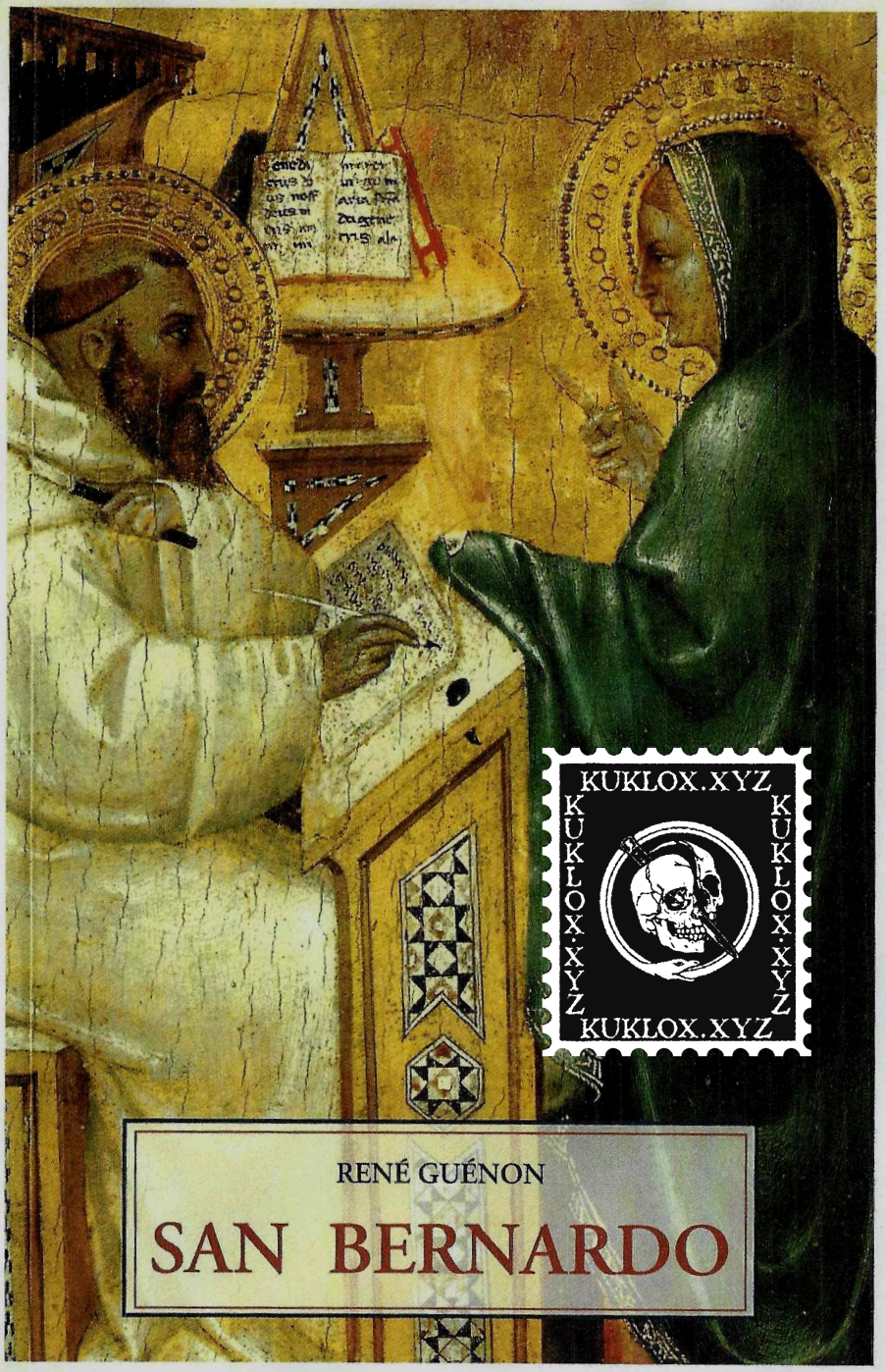


RENÉ GUÉNON

SAN BERNARDO

La figura de san Bernardo ocupa un lugar central en la historia y la espiritualidad de la Cristiandad medieval. Su alta autoridad moral, reconocida espontáneamente tanto por la jerarquía temporal como por la jerarquía eclesiástica, le situó, muy a pesar suyo, pues su vocación era puramente monástica y contemplativa, como árbitro indiscutido de los conflictos políticos y teológicos de su tiempo. Consejero de reyes y papas, inspirador de la regla de la Orden del Temple, impulsor de las cruzadas, san Bernardo es un personaje clave para comprender el siglo XII y, en general, el espíritu de la Edad Media. Sin embargo, la dimensión más grande de san Bernardo es la espiritual, como atestigua el hecho de que Dante lo eligiera como guía en los círculos superiores del Paraíso en su *Divina Comedia*. Su mística del amor representa una de las cumbres espirituales de la Cristiandad. René Guénon, el gran metafísico francés, traza en estas breves páginas una biografía del santo que, a pesar de su concisión y de ceñirse sobre todo al ámbito histórico, contiene diversas alusiones al carácter verdaderamente iniciático de la figura de san Bernardo que le confieren un alcance mucho más vasto.

Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, químico,
mecánico, óptico, de grabación
o de foto-copia, sin permiso previo
por escrito del editor

© 2007, para la presente edición,

José J. de Olañeta, Editor
Apartado 296 - 07080 Palma de Mallorca (España)

Reservados todos los derechos

ISBN: 84-9716-439-3
Depósito Legal: B-31.238-2007
Impreso en Limpergraf, S.L. - Barcelona
Printed in Spain

ENTRE LAS GRANDES FIGURAS de la Edad Media, hay pocas cuyo estudio sea más apropiado que la de san Bernardo para disipar ciertos prejuicios gratos al espíritu moderno. ¿Qué hay, en efecto, más desconcertante para éste que ver a un puro contemplativo, que siempre quiso ser y permanecer tal, llamado a desempeñar un papel preponderante en la dirección de los asuntos de la Iglesia y del Estado, y teniendo éxito a menudo allí donde había fracasado toda la prudencia de los políticos y los diplomáticos profesiona-

les? ¿Qué hay más sorprendente e incluso paradójico, según la manera corriente de ver las cosas, que un místico que no siente más que desdén por lo que él llama "las argucias de Platón y las sutilezas de Aristóteles" y que triunfa, no obstante, sin dificultad sobre los dialécticos más sutiles de su tiempo? Toda la vida de san Bernardo podría parecer destinada a mostrar, con un ejemplo brillante, que, para resolver los problemas de orden intelectual e incluso de orden práctico, existen medios completamente distintos de los que nos hemos habituado a considerar, desde hace mucho tiempo, como los únicos eficaces, sin duda porque son los únicos que están al alcance de una sabiduría puramente humana, que no es siquiera la sombra de la verdadera sabiduría. Esta vida aparece así en cierto modo como una refutación anticipada de

esos errores, opuestos en apariencia pero que en realidad van ligados, que son el racionalismo y el pragmatismo; y, al mismo tiempo, confunde y echa por tierra, para quien lo examine imparcialmente, todas las ideas preconcebidas de los historiadores "cientificistas", que consideran, con Renan, que "la negación de lo sobrenatural constituye la esencia misma de la crítica", cosa que por lo demás admitimos sin dificultad, pero porque vemos en esta incompatibilidad todo lo contrario de lo que ellos ven, la condenación de la "crítica" misma, y no la de lo sobrenatural. En verdad, ¿qué lecciones podrían, en nuestra época, ser más provechosas que aquéllas?

*
* *

Bernardo nació en 1090 en Fontaines-lès-Dijon; sus padres pertenecían a la alta

nobleza de Borgoña, y, si señalamos este hecho, es porque nos parece que algunos rasgos de su vida y de su doctrina, de los que luego hablaremos, pueden hasta cierto punto relacionarse con este origen. No queremos decir solamente que es posible explicar con ello el ardor a veces belicoso de su celo o la violencia que aportó muchas veces a las polémicas en las que se vio implicado, y que por otra parte era totalmente superficial, pues la bondad y la dulzura constituían indiscutiblemente el fondo de su carácter. A lo que queremos aludir sobre todo es a sus relaciones con las instituciones y el ideal caballerescos, a los que, por lo demás, hay que conceder una gran importancia si se quieren comprender los acontecimientos y el espíritu mismo de la Edad Media.

Fue hacia a la edad de veinte años cuando Bernardo concibió el proyecto de retirarse del mundo; y en poco tiempo consiguió hacer compartir sus proyectos a todos sus hermanos, a algunos de sus familiares y a cierto número de sus amigos. En este primer apostolado, su fuerza de persuasión era tal, a pesar de su juventud, que pronto "se convirtió —dice su biógrafo— en el terror de las madres y las esposas; los amigos temían verle abordar a sus amigos". Ya hay en esto algo extraordinario, y sin duda sería insuficiente invocar el poder del "genio", en el sentido profano de la palabra, para explicar semejante influencia. ¿No es mejor reconocer en ello la acción de la gracia divina que, penetrando en cierto modo toda la persona del apóstol e irradiando al exterior por su superabundancia, se comunicaba a tra-

vés de él como por un canal, según la comparación que él mismo utilizará más tarde aplicándola a la Santísima Virgen, y que se puede también, limitando más o menos su alcance, aplicar a todos los santos?

Fue, pues, acompañado por una treintena de jóvenes como Bernardo, en 1112, entró en el monasterio de Cîteaux, que había escogido por el rigor con el que se observaba en él la regla, rigor que contrastaba con el relajamiento que se había introducido en todas las demás ramas de la orden benedictina. Tres años después, sus superiores no dudaron en confiarle, a pesar de su inexperiencia y su salud delicada, la dirección de doce religiosos que iban a fundar una nueva abadía, la de Claraval (Clairvaux), que él iba a gobernar hasta su muerte, rechazando siempre los honores y dignidades que tan a

menudo se le ofrecieron en el transcurso de su carrera. La fama de Claraval no tardó en extenderse hasta muy lejos, y el desarrollo que pronto adquirió esta abadía fue verdaderamente prodigioso: cuando murió su fundador, albergaba, según se dice, a unos setecientos monjes, y había originado más de sesenta nuevos monasterios.

*
* *

El cuidado que puso Bernardo en la administración de Claraval, regulando él mismo hasta los más minuciosos detalles de la vida corriente, el papel que desempeñó en la dirección de la orden cisterciense, como jefe de una de sus primeras abadías, la habilidad y el éxito de sus intervenciones para allanar las dificultades que surgían con frecuencia con las órdenes rivales, todo esto ya

habría bastado para demostrar que lo que se llama el sentido práctico puede unirse muy bien a veces con la más alta espiritualidad. Ya había en todo esto más de lo que habría sido necesario para absorber toda la actividad de un hombre corriente; y sin embargo Bernardo pronto iba a ver abrirse ante sí un campo de acción totalmente distinto, muy a pesar suyo por otra parte, pues nunca temió nada tanto como el verse obligado a salir de su monasterio para mezclarse con los asuntos del mundo exterior, del que había creído poder aislarse para siempre para entregarse enteramente a la ascesis y la contemplación, sin que nada fuera a distraerle de lo que era a sus ojos, según la palabra evangélica, "la única cosa necesaria". En esto se había equivocado completamente; pero todas las "distracciones", en el sentido etimo-

lógico de la palabra, a las que no pudo sustraerse y de las que a veces se quejó con cierta amargura, no le impidieron alcanzar las cumbres de la vida mística. Esto es un hecho muy notable; lo que no lo es menos es que, a pesar de toda su humildad y de todos los esfuerzos que hizo para permanecer en la sombra, se solicitó su colaboración en todos los asuntos importantes, y que, aunque no fuese nada respecto al mundo, todos, incluidos los más altos dignatarios civiles y eclesiásticos, se inclinaron siempre espontáneamente ante su autoridad puramente espiritual, y no sabemos si esto dice más en alabanza del santo o de la época en que vivió. ¡Qué contraste entre nuestra época y aquella en que un simple monje, sólo con la irradiación de sus virtudes eminentes, podía convertirse en cierto modo en el centro

de Europa y de la Cristiandad, el árbitro indiscutido de todos los conflictos en los que el interés público estaba en juego, tanto en el orden político como en el orden religioso, el juez de los maestros más reputados de la filosofía y la teología, el restaurador de la unidad de la Iglesia, el mediador entre el Papado y el Imperio, y ver finalmente cómo ante su predicación se ponían en pie unos ejércitos de varios centenares de miles de hombres!

*
* *

Bernardo empezó pronto a denunciar el lujo en el que vivían entonces la mayoría de los miembros del clero secular e incluso los monjes de ciertas abadías; sus amonestaciones habían provocado conversiones clamorosas, entre ellas la de Suger, el ilustre abad de Saint-Denis, que, sin tener todavía

el título de primer ministro del rey de Francia, realizaba ya estas funciones. Esta conversión es la que hizo conocer en la corte el nombre del abad de Claraval, a quien se consideró, parece ser, con un respeto mezclado de temor, porque se veía en él al adversario irreductible de todos los abusos y todas las injusticias; y pronto, en efecto, se le vio intervenir en los conflictos que se habían producido entre Luis el Gordo y diversos obispos, y protestar vivamente contra las intrusiones del poder civil en los derechos de la Iglesia. A decir verdad, no se trataba todavía más que de asuntos puramente locales, que sólo afectaban a tal o cual monasterio o diócesis; pero, en 1130, se produjeron unos acontecimientos de muy distinta gravedad, que pusieron en peligro a la Iglesia entera, dividida por el cisma del antipapa

Anacleto II, y es en esta ocasión cuando la fama de Bernardo iba a extenderse por toda la Cristiandad.

No es necesario recordar aquí la historia del cisma en todos sus detalles: los cardenales, divididos en dos facciones rivales, habían elegido sucesivamente a Inocencio II y Anacleto II; el primero, obligado a huir de Roma, no renunció a su derecho y apeló a la Iglesia universal. Francia fue la primera en responder; en el concilio convocado por el rey en Etampes, Bernardo apareció, dice su biógrafo, "como un verdadero enviado de Dios" en medio de los obispos y los señores reunidos; todos siguieron su parecer sobre la cuestión sometida a su examen y reconocieron la validez de la elección de Inocencio II. Éste se encontraba entonces en suelo francés, y Suger fue a anunciarle la decisión del

concilio a la abadía de Cluny; recorrió las principales diócesis y en todas partes fue recibido con entusiasmo; este movimiento iba a generar la adhesión de toda la Cristiandad. El abad de Claraval acudió junto al rey de Inglaterra y venció rápidamente sus vacilaciones; quizá también tuvo que ver, al menos indirectamente, con el reconocimiento de Inocencio II por el rey Lotario y el clero alemán. Fue después a Aquitania para combatir la influencia del obispo Gerardo de Angulema, partidario de Anacleto II; pero no consiguió destruir el cisma en esta región, al efectuar la conversión del conde de Poitiers, hasta su segundo viaje, en 1135. En el intervalo había tenido que ir a Italia, llamado por Inocencio II, que había regresado a aquel país con el apoyo de Lotario, pero que había quedado detenido por dificultades im-

previstas, debidas a la hostilidad de Pisa y Génova; había que encontrar un arreglo entre las dos ciudades rivales y hacérselo aceptar; fue a Bernardo a quien encargaron esta difícil misión, y la llevó a cabo con el éxito más asombroso. Inocencio pudo finalmente volver a Roma, pero Anacleto permaneció encerrado en San Pedro, del que fue imposible apoderarse; Lotario, coronado emperador en San Juan de Letrán, se retiró pronto con su ejército; tras su partida, el antipapa reanudó la ofensiva, y el pontífice legítimo tuvo que huir de nuevo y refugiarse en Pisa.

El abad de Claraval, que había regresado a su monasterio, se enteró de estas noticias con consternación; poco después le llegó el rumor de la actividad desplegada por Roger, rey de Sicilia, para ganar a toda Italia para la causa de Anacleto y al mismo tiempo asegu-

rar su propia supremacía en ese territorio: Bernardo escribió en seguida a los habitantes de Pisa y Génova para exhortarlos a permanecer fieles a Inocencio; pero esta fidelidad era un apoyo bien débil, y, para reconquistar Roma, sólo de Alemania podía esperarse un socorro eficaz. Por desgracia, el Imperio seguía siendo víctima de la división, y Lotario no podía volver a Italia antes de haber asegurado la paz en su propio país. Bernardo partió para Alemania y se afanó en conseguir la reconciliación de los Hohenstaufen con el emperador; también en este caso sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito; vio consagrar su feliz desenlace en la dieta de Bamberg, que abandonó después para acudir al concilio que Inocencio II había convocado en Pisa. En esta ocasión tuvo que amonestar a Luis el Gordo, que se había

opuesto a la partida de los obispos de su reino; la prohibición fue anulada y los principales miembros del clero francés pudieron responder a la llamada del jefe de la Iglesia. Bernardo fue el alma del concilio; en el intervalo de las sesiones, cuenta un historiador de la época, su puerta estaba asediada por los que tenían algún asunto grave que tratar, como si ese humilde monje hubiera tenido el poder de zanjar como quisiera todas las cuestiones eclesiásticas. Delegado después a Milán para devolver esta ciudad a Inocencio II y a Lotario, se vio aclamado por el clero y los fieles que, en una manifestación espontánea de entusiasmo, quisieron hacer de él su arzobispo, y sólo pudo sustraerse a este honor con las mayores dificultades. No aspiraba más que a regresar a su monasterio; regresó a él, en efecto, pero no fue por mucho tiempo.

A principios del año 1136 Bernardo tuvo que abandonar una vez más su soledad para, conforme a la voluntad del papa, ir a reunirse en Italia con el ejército alemán, mandado por el duque Enrique de Baviera, yerno del emperador. Se habían producido desavenencias entre éste e Inocencio II; Enrique, poco preocupado por los derechos de la Iglesia, aparentaba en toda circunstancia no ocuparse más que de los intereses del Estado. Por eso el abad de Claraval tuvo mucho que hacer para restablecer la concordia entre los dos poderes y conciliar sus pretensiones rivales, especialmente en determinadas cuestiones de investiduras, en las que parece haber desempeñado constantemente un papel de moderador. Entretanto, Lotario, que había tomado él mismo el mando del ejército, sometió a toda la Italia me-

ridional; pero cometió el error de rechazar las proposiciones de paz del rey de Sicilia, que no tardó en desquitarse asolándolo todo. Bernardo no dudó entonces en presentarse en el campamento de Roger, que recibió muy mal sus palabras de paz, y a quien predijo una derrota que efectivamente se produjo; luego, siguiéndole de cerca, se reunió con él en Salerno y se esforzó en apartarle del cisma al que le había arrojado la ambición. Roger consintió en escuchar en presencia de las partes a los partidarios de Inocencio y de Anacleto, pero, aunque parecía dirigir la encuesta con imparcialidad, sólo buscaba ganar tiempo y se negó a tomar una decisión; al menos este debate tuvo como resultado feliz la conversión de uno de los principales autores del cisma, el cardenal Pedro de Pisa, al que Bernardo llevó con-

sigo junto a Inocencio II. Esta conversión suponía un golpe terrible para la causa del antipapa; Bernardo supo aprovecharlo, y en Roma mismo, con su palabra ardiente y convencida, consiguió en unos días separar del partido de Anacleto a la mayoría de los disidentes. Esto ocurría en 1137, hacia la época de las fiestas de Navidad; un mes después, Anacleto moría súbitamente. Algunos de los cardenales más comprometidos con el cisma eligieron a un nuevo antipapa con el nombre de Víctor IV; pero su resistencia no podía durar mucho tiempo, y, el día de la octava de Pentecostés, todos se sometieron; la semana siguiente, el abad de Claraval reemprendía el camino hacia su monasterio.

Este resumen muy rápido basta para dar una idea de lo que podríamos llamar la actividad política de san Bernardo, que por

otra parte no se detuvo ahí: entre 1140 y 1144 tuvo que protestar contra la intromisión abusiva del rey Luis el Joven en las elecciones episcopales, y después tuvo que intervenir en un grave conflicto entre este mismo rey y el conde Thibault de Champaña; pero sería fastidioso extenderse sobre estos diversos acontecimientos. En resumen, se puede decir que el comportamiento de Bernardo estuvo siempre determinado por las mismas intenciones: defender el derecho, combatir la injusticia y, quizá por encima de todo, mantener la unidad en el mundo cristiano. Esta preocupación constante por la unidad es lo que lo anima en su lucha contra el cisma; ella es también la que le hace emprender, en 1145, un viaje al Languedoc para devolver a la Iglesia a los herejes neomaniqueos que empezaban a proliferar en

aquella región. Parece que hubiera tenido siempre presente en el pensamiento esta frase del Evangelio: "Que sean todos uno, como mi Padre y yo somos uno".

*
* *

Entretanto, el abad de Claraval no tenía que luchar solamente en el ámbito político, sino también en el ámbito intelectual, en el que sus triunfos no fueron menos brillantes, puesto que fueron señalados por la condena de dos adversarios eminentes, Abelardo y Gilberto de la Porrée. El primero, por su enseñanza y sus escritos, se había granjeado la reputación de ser un dialéctico de los más hábiles; incluso abusaba de la dialéctica, pues, en lugar de no ver en ella más que lo que es realmente, un simple medio para llegar al conocimiento de la verdad, la consideraba

casi como un fin en sí misma, lo que conducía naturalmente a una especie de verbalismo. Parece también que haya habido en él, ya sea en el método, ya sea por el fondo mismo de sus ideas, una búsqueda de la originalidad que lo acerca un poco a los filósofos modernos; y, en una época en que el individualismo era algo casi desconocido, este defecto no podía pasar por una cualidad como sucede en nuestros días. Por eso algunos pronto se inquietaron por estas novedades, que no tendían a otra cosa que a establecer una verdadera confusión entre la esfera de la razón y la de la fe; no es que Abelardo fuese, hablando con propiedad, un racionalista, como a veces se ha pretendido, pues no hubo racionalistas antes de Descartes; pero no supo hacer la distinción entre lo que pertenece a la razón y lo que le es su-

perior, entre la filosofía profana y la sabiduría sagrada, entre el saber puramente humano y el conocimiento transcendente, y ahí está la raíz de todos sus errores. ¿No llegaba a sostener que los filósofos y los dialécticos gozaban de una inspiración habitual que sería comparable a la inspiración sobrenatural de los profetas? Se comprende sin dificultad que san Bernardo, cuando llamaron su atención sobre semejantes teorías, se levantara contra ellas con fuerza e incluso con cierto arrebato, y también que reprochara amargamente a su autor el haber enseñado que la fe no era más que una simple opinión. La controversia entre estos dos hombres tan diferentes, iniciada en conversaciones particulares, pronto tuvo una resonancia inmensa en las escuelas y en los monasterios; Abelardo, confiando en su habilidad para

manejar el razonamiento, pidió al arzobispo de Sens que reuniera un concilio ante el cual se justificaría públicamente, pues pensaba conducir la discusión de tal modo que resultaría fácilmente en la confusión de su adversario. Las cosas ocurrieron de manera muy diferente: el abad de Claraval, en efecto, no concebía el concilio sino como un tribunal ante el cual el teólogo sospechoso comparecería como acusado; en una sesión preparatoria, presentó las obras de Abelardo y extrajo de ellas las proposiciones más temerarias, cuya heterodoxia demostró; al día siguiente, tras presentarse el autor, le conminó, después de enunciar esas proposiciones, a que se retractara de ellas o las justificara. Abelardo, presintiendo desde aquel momento una condena, no esperó el juicio del concilio y declaró enseguida que apelaba al tri-

bunal de Roma; el proceso no por ello dejó de seguir su curso y, en cuanto se pronunció la condena, Bernardo escribió a Inocencio II y a los cardenales unas cartas de una elocuencia perentoria, de modo que, seis semanas después, la sentencia era confirmada en Roma. Abelardo no podía hacer otra cosa que someterse; se refugió en Cluny, junto a Pedro el Venerable, que le organizó una entrevista con el abad de Claraval y consiguió reconciliarlos.

El concilio de Sens tuvo lugar en 1140; en 1147 Bernardo obtuvo también, en el concilio de Reims, la condena de los errores de Gilberto de la Porrée, obispo de Poitiers, acerca del misterio de la Trinidad; estos errores provenían del hecho de que su autor aplicaba a Dios la distinción real entre la esencia y la existencia, que sólo es aplicable a los se-

res creados. Gilberto se retractó, por lo demás, sin dificultad; por eso se le prohibió simplemente leer o transcribir su obra antes de haber sido corregida; su autoridad, aparte de los puntos particulares que estaban en cuestión, no sufrió ningún menoscabo, y su doctrina siguió teniendo gran crédito en las escuelas durante toda la Edad Media.

*
* *

Dos años antes de este último asunto, el abad de Claraval había tenido la alegría de ver subir al trono pontificio a uno de sus antiguos monjes, Bernardo de Pisa, que tomó el nombre de Eugenio III y que siguió manteniendo siempre con él las más afectuosas relaciones. Es este nuevo papa el que, casi desde el principio de su pontificado, le encargó de predicar la segunda cruzada. Has-

ta aquel momento, la Tierra Santa había ocupado un lugar bastante poco importante, en apariencia al menos, entre las preocupaciones de san Bernardo; sin embargo, sería un error creer que hubiera sido totalmente ajeno a lo que allí ocurría, y la prueba de ello está en un hecho en el que, por lo común, se insiste mucho menos de lo que sería conveniente. Queremos hablar del papel que había desempeñado en la constitución de la Orden del Temple, la primera de las órdenes militares por su fecha y por su importancia, la que iba a servir de modelo a todas las demás. En 1128, unos diez años antes de su fundación, esta orden recibió su regla en el concilio de Troyes, y fue Bernardo quien, en calidad de secretario del concilio, se encargó de redactarla, o al menos de trazar sus primeros lineamentos, pues pa-

rece que no fue llamado a completarla sino un poco más tarde y que no terminó su redacción definitiva hasta 1131. Comentó después esta regla en el tratado *De laude novæ militiæ*, donde expuso en términos de una magnífica elocuencia la misión y el ideal de la caballería cristiana, de lo que él llamaba la "milicia de Dios". Estas relaciones del abad de Claraval con la Orden del Temple, que los historiadores modernos no ven más que como un episodio bastante secundario de su vida, tenían sin duda una importancia muy diferente a los ojos de los hombres de la Edad Media; y hemos mostrado en otro lugar que constituyen sin duda la razón por la que Dante iba a elegir a san Bernardo como guía en los últimos círculos del Paraíso.

*
* *

Desde 1145, Luis VII tenía el proyecto de ir en socorro de los principados latinos de Oriente, amenazados por el emir de Alepo; pero la oposición de sus consejeros le había obligado a dejar para más adelante su realización, y la decisión definitiva se había aplazado hasta la asamblea plenaria que debía celebrarse en Vézelay durante las fiestas de Pascua del año siguiente. Eugenio III, retenido en Italia por una revolución suscitada en Roma por Arnaldo de Brescia, encargó al abad de Claraval que lo sustituyera en esta asamblea. Bernardo, después de dar lectura a la bula que invitaba a Francia a la cruzada, pronunció un discurso que fue, a juzgar por el efecto que produjo, la mayor acción oratoria de su vida; todos los participantes se precipitaron a recibir la cruz de sus manos. Animado por este éxito, Ber-

nardo recorrió las ciudades y las provincias, predicando en todas partes la cruzada con un celo infatigable; allí donde no podía acudir en persona, dirigía cartas no menos elocuentes que sus discursos. Pasó después a Alemania, donde su predicación tuvo los mismos resultados que en Francia; el emperador Conrado, después de haberse resistido durante un tiempo, tuvo que ceder a su influencia y enrolarse en la cruzada. A mediados del año 1147, los ejércitos francés y alemán se ponían en marcha para esta gran expedición que, a pesar de su formidable apariencia, iba a desembocar en un desastre. Las causas de este fracaso fueron múltiples; las principales parecen ser la traición de los griegos y la falta de entendimiento entre los diversos jefes de la cruzada; pero algunos trataron, muy injustamente, de atri-

buir la responsabilidad del fracaso al abad de Claraval. Éste tuvo que escribir una verdadera apología de su conducta, que era al mismo tiempo una justificación de la acción de la Providencia, en la que mostraba que las desgracias ocurridas sólo eran imputables a las faltas de los cristianos, y que así "las promesas de Dios permanecían intactas, pues no prescriben contra los derechos de su justicia". Esta apología está contenida en el libro *De Consideratione*, dirigido a Eugenio III, libro que es como el testamento de san Bernardo y que contiene en especial sus opiniones sobre los deberes del papado. Por lo demás, no todos se dejaban llevar por el desánimo, y Suger concibió pronto el proyecto de una nueva cruzada, de la que el propio abad de Claraval debía ser el jefe; pero la muerte del gran ministro de Luis VII

detuvo su ejecución. El propio san Bernardo murió poco después, en 1153, y sus últimas cartas demuestran que se preocupó hasta el fin de la liberación de Tierra Santa.

Si bien el objetivo inmediato de la cruzada no se había alcanzado, ¿hay que decir por eso que una expedición así era completamente inútil y que los esfuerzos de san Bernardo se habían prodigado para nada? No lo creemos, a pesar de lo que podrían pensar de ello los historiadores que sólo se atienen a las apariencias exteriores, pues en esos grandes movimientos de la Edad Media, de un carácter político y religioso a la vez, había unas razones más profundas, una de las cuales, la única que queríamos señalar aquí, era la de mantener en la Cristiandad una viva conciencia de su unidad. La Cristiandad era idéntica a la civilización occidental, fundamentada

entonces en bases esencialmente tradicionales, como lo es toda civilización normal, que iba a alcanzar su apogeo en el siglo XIII; la pérdida de este carácter tradicional debía seguir necesariamente a la ruptura de la unidad misma de la Cristiandad. Esta ruptura, que se efectuó en el terreno religioso con la Reforma, se produjo en el terreno político con la instauración de las nacionalidades, precedida de la destrucción del régimen feudal; y se puede decir, desde este último punto de vista, que el que infligió los primeros golpes al edificio grandioso de la Cristiandad medieval fue Felipe el Hermoso, el mismo que, por una coincidencia que sin duda no tiene nada de fortuito, destruyó la Orden del Temple, atacando con ello directamente la obra de san Bernardo.

*
* *

En el transcurso de todos sus viajes, san Bernardo apoyó constantemente su predicación con numerosas curaciones milagrosas, que eran para el vulgo como signos visibles de su misión; estos hechos han sido referidos por testimonios oculares, pero el propio san Bernardo no hablaba de ellos sino a regañadientes. Quizá esta reserva se la imponía su extrema modestia; pero sin duda él tampoco atribuía a estos milagros más que una importancia secundaria, considerándolos solamente una concesión otorgada por la misericordia divina a la debilidad de la fe en la mayoría de los hombres, conforme a las palabras de Cristo: "Bienaventurados los que hayan creído sin haber visto". Esta actitud estaría de acuerdo con el desdén que manifiesta en general por todos los medios exteriores y sensibles, como la pom-

pa de las ceremonias y la ornamentación de las iglesias; incluso se le ha podido reprochar, con cierta apariencia de verdad, que sólo sintiera desprecio por el arte religioso. Los que formulan esta crítica olvidan, sin embargo, una distinción necesaria, la que establece él mismo entre lo que llama la arquitectura episcopal y la arquitectura monástica: es solamente esta última la que debe tener la austeridad que preconiza; sólo a los religiosos y a los que siguen el camino de la perfección les prohíbe el "culto a los ídolos", es decir, a las formas, cuya utilidad proclama, por el contrario, como medio de educación, para los sencillos y los imperfectos. Si bien protestó contra el abuso de figuras desprovistas de significado y que sólo tenían un valor puramente ornamental, no pudo querer, como se ha pretendido falsamente,

proscribir el simbolismo del arte arquitectónico, cuando él mismo, en sus sermones, hacía de éste un uso muy frecuente.

*
* *

La doctrina de san Bernardo es esencialmente mística; con ello entendemos que él considera sobre todo las cosas divinas bajo el aspecto del amor, que por lo demás sería erróneo interpretar aquí en un sentido simplemente afectivo como lo hacen los psicólogos modernos. Como muchos grandes místicos, se sintió especialmente atraído por el *Cantar de los Cantares*, que comentó en numerosos sermones que forman un serie proseguida a lo largo de casi toda su carrera; y este comentario, que quedó inacabado, describe todos los grados del amor divino, hasta la paz suprema a la que el alma llega

en el éxtasis. El estado extático, tal como él lo entiende y como ciertamente lo experimentó, es una especie de muerte para las cosas de este mundo; con las imágenes sensibles, todo sentimiento natural ha desaparecido; todo es puro y espiritual tanto en la propia alma como en su amor. Este misticismo debía reflejarse naturalmente en los tratados dogmáticos de san Bernardo; el título de uno de los principales, *De diligendo Deo*, muestra en efecto suficientemente qué lugar ocupa en él el amor; pero sería un error creer que esto vaya en detrimento de la verdadera intelectualidad. Si el abad de Claraval quiso siempre permanecer ajeno a las vanas sutilezas de la escuela es porque no tenía ninguna necesidad de laboriosos artificios de dialéctica; resolvía de golpe las cuestiones más arduas, porque no procedía mediante

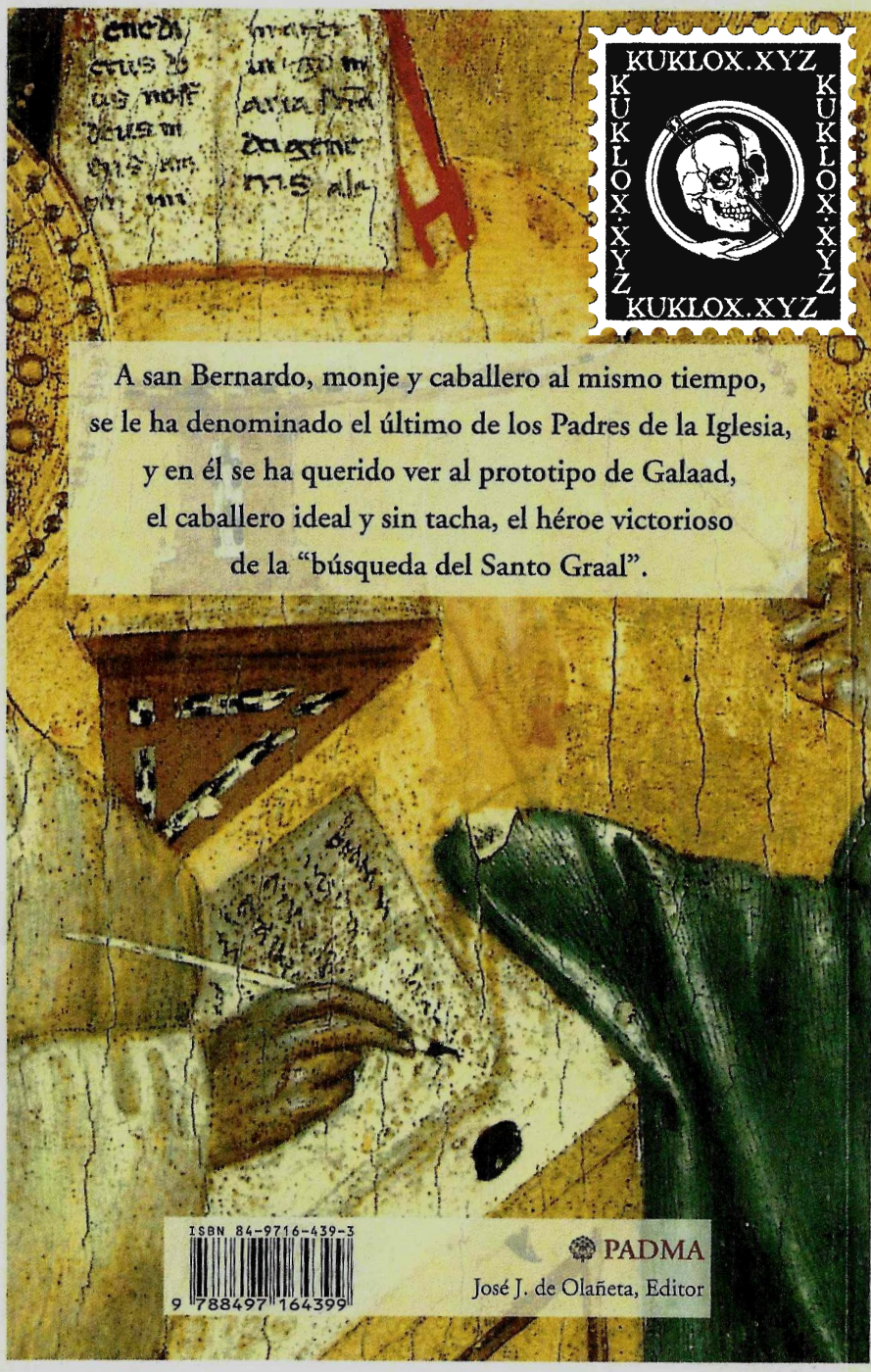
una larga serie de operaciones discursivas; lo que los filósofos se esfuerzan por alcanzar por una vía indirecta y como a tientas, él lo alcanzaba inmediatamente gracias a la intuición intelectual sin la que ninguna metafísica real es posible, y fuera de la cual sólo se puede captar una sombra de la verdad.

*
* *

Un último rasgo de la fisonomía de san Bernardo, que es esencial señalar todavía, es el lugar eminente que ocupa, en su vida y en sus obras, el culto a la Santísima Virgen, que originó toda una floración de leyendas, que son quizá aquello que lo ha hecho más popular. Le gustaba dar a la Santísima Virgen el título de Nuestra Señora, uso que se generalizó después de su época y sin duda en gran parte gracias a su influencia; y es que él

era, como se ha dicho, un verdadero "caballero de María", que él veía verdaderamente como su "dama", en el sentido caballeresco de esta palabra. Si se relaciona este hecho con el papel que desempeña el amor en su doctrina, y que desempeñaba también, con formas más o menos simbólicas, en las concepciones propias de las órdenes de caballería, se comprenderá fácilmente por qué hemos querido mencionar sus orígenes familiares. Convertido en monje, será siempre caballero como lo eran todos los de su raza; y, por eso mismo, se puede decir que estaba predestinado a desempeñar, como lo hizo en tantas circunstancias, el papel de mediador, de conciliador y de árbitro entre el poder religioso y el poder político, porque había en su persona como una participación en la naturaleza de uno y otro. Monje y ca-

ballero al mismo tiempo, estas dos características eran las de los miembros de la "milicia de Dios", de la Orden del Temple; eran también, y en primer lugar, las del autor de su regla, del gran santo al que se ha denominado el último de los Padres de la Iglesia, y en quien algunos quieren ver, no sin cierta razón, el prototipo de Galaad, el caballero ideal y sin tacha, el héroe victorioso de la "búsqueda del Santo Graal".



KUKLOX.XYZ

A san Bernardo, monje y caballero al mismo tiempo,
se le ha denominado el último de los Padres de la Iglesia,
y en él se ha querido ver al prototipo de Galaad,
el caballero ideal y sin tacha, el héroe victorioso
de la "búsqueda del Santo Graal".

ISBN 84-9716-439-3
9 788497 164399

PADMA
José J. de Olañeta, Editor